

**ESTO OS SERVIRÁ DE SEÑAL...
Lc 2,12**



retiro diciembre 2025

Ámbito Formación y Espiritualidad
PROVINCIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Lc 2,1-20:

Por entonces se promulgó un decreto del emperador Augusto que ordenaba a todo el mundo inscribirse en un censo. Éste fue el primer censo realizado siendo Quirino gobernador de Siria.

Acudían todos a inscribirse, cada uno en su ciudad. José subió de Nazaret, ciudad de Galilea, a la Ciudad de David en Judea, llamada Belén –pues pertenecía a la Casa y familia de David–, a inscribirse con María, su esposa, que estaba encinta.

Mientras estaban allí, a María, le llegó la hora del parto y dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no habían encontrado sitio en la posada.

Había en la zona unos pastores que velaban por turnos los rebaños a la intemperie. Un ángel del Señor se les presentó. La gloria del Señor los cercó de resplandor y ellos se aterrorizaron.

El ángel les dijo: —No temáis. Mirad, os doy una Buena Noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor. Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Al instante se juntó al ángel una multitud del ejército celeste, que alababan a Dios diciendo: ¡Gloria a Dios en lo alto y en la tierra paz a los hombres que él ama!

Cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían unos a otros: —Crucemos a Belén, a ver eso que ha sucedido y nos ha comunicado el Señor.

Fueron aprisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho del niño. Y todos los que lo oyeron se asombraban de lo que contaban los pastores. María, por su parte lo conservaba y meditaba todo en su corazón.

Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto; tal como se lo habían anunciado.

Se nos va la mirada buscando al Niño... fragilidad, indefensión, pequeñez... serenidad, brazos que buscan abrazos. Y de seguido se nos va la mirada a los padres... cansancio, miedo, incertidumbre... alegría profunda, brazos que desean abrazar.

Contemplamos la escena en su contexto, una pareja de padres primerizos que tienen que salir huyendo de su casa, pasando por lugares donde no son acogidos, solos, asustados, sin demasiadas pertenencias, obligados a afrontar el momentazo de sus vidas en las peores circunstancias.

Se nos pone algo entre el pecho y la garganta que no nos deja ni tragar ni respirar. Una mezcla de emoción contenida, con regusto a responsabilidad, orgullo, preocupación, ilusión, duda... Y es que mirar un bebé, un niño minúsculo, que encarna todas las promesas, es descubrir en el ser más frágil la potencia de todo un Dios, conceder al que sale huyendo la suerte de acoger la salvación, es postrarse ante un extraño y visualizarte adorando al Salvador... la Navidad es un imán que nos atrae irresistiblemente y nos deja sin escapatoria.

Hay tanta luz en la pequeñez de Belén que no podemos resistirnos a la invitación de aguantar la respiración y partir hacia allá, remoto lugar donde nuestro mundo herido puede encontrar esperanza y consuelo. Pasamos demasiado tiempo analizando informes, datos y estadísticas que expliquen las tragedias de nuestro mundo, así que vamos a dejar hoy que sea Belén el refugio que se ilumine con la luz que entra por las grietas de nuestras incoherencias, que nuestra limitación se llene de símbolos, gestos y canciones, y nos lleve a ver más allá de lo invisible.

En esta Historia de Salvación que volvemos a iniciar y de la que formamos parte, la vulnerabilidad salva y el sufrimiento solo puede comprenderse encarnado en carne humana. Tanta Verdad envuelta en Misterio, que se nos regala un día entero para mirar el amor desnudo y arroparlo con algo de ese deseo que llevamos en el corazón y que nace en lo sencillo, en lo discreto, en lo inadvertido. Vamos a acercarnos un año más a ese acontecimiento maravilloso que llamamos Encarnación y al que solo podremos acceder a golpe de tambor y con nuestra más auténtica cara de asombro...

«EN AQUELLOS DÍAS» [Lc 2,1]

EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO

En esos, concretamente en los que Augusto era emperador, porque Jesús no es una idea, ni una moda, ni un cuento... Jesús es parte de nuestra historia y este es el principio: presencia humilde y silenciosa que se deja encontrar en los márgenes donde nada promete y todo tiembla al comenzar.

“Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, que buscará refugio en el nombre del Señor” (Sof 3,12).

Nace bajo un edicto imperial que mueve a los pobres como piezas sin valor, nace en un tiempo, un lugar y una historia marcada por nombres concretos: Augusto, Quirino, Galilea, Belén. Desde el principio, Dios elige vivir dentro de nuestros límites: desplazado por el mandato de quien impone su voluntad por la fuerza; extranjero y extraño, víctima de las fronteras que excluyen; latido oculto en la disponibilidad de María; embrión silencioso en la confianza de José; y finalmente niño desnudo alumbrado en la mayor de las pobrezas.

La Encarnación es el hecho más cierto y verdadero de nuestra condición humana: sometida, abajada, cuestionada, débil, silenciosa y... profundamente deseada y amada. La Encarnación nos detiene y nos gira la cara hacia ese lugar inesperado donde Dios acontece: la exclusión,

la pequeñez, lo que no cuenta, porque la Encarnación no se encuentra huyendo de la realidad, sino entrando en ella, allí donde Dios ha querido nacer.

- *¿Qué zonas de mi vida necesito mirar de nuevo para reconocer en ellas la presencia humilde de un Dios que entra en la historia sin imponer, sino acompañando desde dentro?*
- *Si Dios decidió nacer en la exclusión, en los límites y en la fragilidad, ¿a qué realidades concretas me siento llamada hoy para encontrar el lugar donde Dios sigue aconteciendo?*

«MIENTRAS ESTABAN EN BELÉN» [Lc 2,6]

EL GUSTO POR LO PEQUEÑO

Y aquí empieza todo... dejando a las grandes ciudades de los grandes imperios del mundo antiguo y a la misma Jerusalén convertidas en humo por este fuego que arde en lo secreto:

Pero tú, Belén de Éfrata, pequeña entre las aldeas de Judá, de ti sacaré el que ha de ser dominador de Israel: su origen es antiguo, de tiempo inmemorial (Miq 5, 1).

Este anuncio de Miqueas constituye, en el corazón mismo de la Biblia hebrea, la afirmación de un estilo propio: el mismo YHW que pidió a Abraham que realizara lo imposible; el que partió en dos las aguas del mar Rojo y anegó con ellas el poder del faraón; el que vela su rostro ante lo aparente y se desvela en aquellos a los que nadie mira, ese mismo YHW que irrumpre donde nadie espera y ve la belleza escondida en un corazón de pastor, elige lo insignificante para colmarlo de sentido.

Belén es el susurro de Dios en la historia, un lugar pequeño donde el cielo se une a la tierra sin ruido. No es grande ni poderosa, no ocupa el centro de los imperios, en su pequeñez, Belén revela el modo de actuar de Dios:

- En los campos de Belén camina Rut, la extranjera, la mujer fiel que confía sin garantías y ama sin pertenecer del todo. Desde su pobreza y lealtad, Dios abre una historia nueva. En Belén, Rut es acogida, redimida y hecha parte del pueblo de la promesa. Allí, en la sencillez de una vida cotidiana, Dios prepara silenciosamente la genealogía del Mesías.
- De Belén surge David, el hermano menor, pastor antes que rey, a quien nadie habría elegido. Belén se convierte así en cuna de una realeza nacida del cuidado y de la confianza en Dios más que en la fuerza.
- En Belén, vuelve a cumplirse la promesa: de la casa de David, de la tribu de Judá, nace Jesús. No en un palacio, en Bet-lehem [בֵּית לֶחֶם], la “casa del pan”, Dios se hace Pan para la vida del mundo.

Belén nos enseña que Dios no abandona las historias sencillas, que nace allí donde hay corazones disponibles, donde la fe camina sin certezas, donde la pequeñez se ofrece como espacio para lo divino.

- *¿Dónde percibo hoy la preferencia de Dios por lo pequeño, lo escondido y lo que no llama la atención, y cómo me invita eso a mirar mi propia vida desde un lugar más humilde y verdadero?*
- *Si la Escritura entera parece gestar pacientemente la llegada de Jesús, ¿qué está gestando Dios en mí a través de los procesos lentos, las esperas, las ausencias y los silencios que no siempre comprendo?*

«ESTO OS SERVIRÁ DE SEÑAL» [Lc 2,12]

ACOGER LO QUE ESTÁ POR VENIR

La señal es un cuerpo desnudo... piel de recién nacido, cálida, suave, delicada, indefensa, solo piel.

Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; sobre sus hombros descansa la autoridad, y se le llamará Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz (Is 9,5-6).

No irrumpre con estruendo, se ofrece como un Niño recostado en un pesebre. Dios se confía a nuestra libertad, unos brazos extendidos que esperan ser acogidos (o no) sin imponer, sin invadir... desde el principio hasta el final, nos encontramos con un Dios que nace con los brazos abiertos y muere con los brazos abiertos, esperando solo ser acogido. Maravillosa conjugación que revela ya un modo de amar... infinito, gratuito.

Acoger a Jesús es acoger lo germinal, lo pequeño que aún no puede defenderse, pero que ya está aquí... se acabó el tiempo de la espera. Comienza el tiempo de dar espacio a la debilidad de Dios, dejar que algo profundo se ponga en marcha dentro de nosotras. Dios nos salva no desde el poder, sino desde la fragilidad que cuestiona, compromete y hace crecer.

María y José lo aceptaron desde el principio, dijeron sí a un Dios que los hizo vulnerables, que se coló en sus planes dando otro significado a la disponibilidad, a lo imposible, a la bondad y la justicia; haciendo del repudiar la más bella y subversiva forma de amar y proteger... Al hacerse cargo del Niño, la fuerza de Dios empezó a latir en el cuerpo de María y en los sueños de José. La salvación comenzó a caminar con ellos.

- *¿Qué espacios de mi vida necesitan hoy abrirse para acoger la fragilidad de Dios, que llega sin imponerse pero que quiere transformar mi interior?*
- *¿En qué situaciones concretas se me invita, como a María y José, a decir un “sí” que me haga más vulnerable, más disponible y más capaz de amar desde la humildad y la confianza?*

«VAYAMOS HACIA BELÉN» [Lc 2,15]

LO QUE PASA POR LAS NOCHES

El nacimiento de Jesús ocurre en una noche de contrastes, en torno a Jesús se dibuja ya el misterio que recorrerá toda su vida: unos lo acogen y otros no saben verlo.

“Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11).

El Dios que nace como Niño puede quedar oculto tanto por la noche como por el exceso de luz: a menudo buscamos a Dios en lo bello, en lo seguro, en lo que agrada a los sentidos y no percibimos aquello que se esconde tras una sombra o no ocupa el primer plano; otras nos dejamos deslumbrar por fogonazos que tienen mucho de espectáculo y poco de verdad.

Contemplemos en esta noche bendecida a tres protagonistas, ángeles, pastores y magos, seres liminales que habitan las fronteras de nuestro mundo:

- Los ángeles, contentos, cantan en lo alto, anuncian y envían, no se pueden guardar la alegría.
- Los pastores, velan y esperan, se dejan sorprender y acuden a comprobar la Noticia, reconocen, se admirán y proclaman.
- Los magos alcanzan su destino, han llegado hasta aquí buscando respuestas, se postran ante la manifestación de Dios, ya solo queda volver.

En medio de la noche, a la intemperie, cuando sólo alcanza la luz de la hoguera cotidiana, el anuncio rompe la rutina...

“El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregoná la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.” (Sal 18)

En Navidad se unen luz y oscuridad: un niño amenazado desde su cuna, un mundo que no quiere perder su poder, los tocados por la luz del Niño ya no pueden vivir de la misma manera. Y en la hondura de la noche, cuando el mundo parecía quedar suspendido en un silencio sereno, la Palabra todopoderosa descendió sin estrépito, sin armas, sin más fuerza que la de un niño que ni habla.

Allí donde buscamos poder, irrumpen la fragilidad; donde imaginamos un guerrero, aparece un pequeño que solo sabe extender los brazos, que pide silenciosamente una respuesta, un “sí” (que es también un “te quiero”), esperando ser reconocido por quienes mantienen los ojos abiertos en la noche.

- *¿Qué sombras o qué excesos de luz en mi vida me impiden reconocer a Dios cuando viene de forma humilde y silenciosa, escondido en lo pequeño y cotidiano?*
- *¿Qué pasos estoy llamada a dar para dejarme sorprender, ponerme en camino y responder con un “sí” que abra espacio al amor vulnerable que Dios me ofrece?*

«ENCONTRARON A MARÍA, A JOSÉ Y AL NIÑO» [Lc 2,16]

LA FAMILIA DE DIOS

“Por eso el Señor mismo os dará una señal:
Mirad: la virgen está encinta y dará a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7,14).

“Brotará un renuevo del tronco de Jesé,
y un vástago nacerá de sus raíces” (Is 11,1).

Contemplar la Navidad es adentrarse en esa amorosa mirada que no se queda en lo superficial, sino que penetra hasta lo profundo y descubre el Misterio escondido en cada persona, en cada acontecimiento, en cada fragmento de realidad.

Un lugar reservado de esta historia lo ocupa un amor de tres: José, María y el niño. Un amor que va a doler y que va a exigir un corazón grande, donde guardar mucho aun sin comprender, un amor que no posee nada, anónimo, pobre, desprendido. Un amor silencioso, pobre, fugitivo y lleno de confianza. Un amor protegido por la generosidad, por los sueños, por la confianza en el proyecto de Dios.

Y si me da por imaginar un cruce de miradas entre esos tres, solo alcanzo Transparencia del Amor de Dios: fiesta, fuegos artificiales, música sinfónica, alegría a borbotones, pasión verdadera... ángeles cantando, pastores fuera de sí, magos desprendiéndose de su pesadas riquezas, gentes admiradas ¡colapso cósmico!

La última invitación es a formar parte de la familia de Jesús, traer nuestra propia historia y ponerla en relación con el acontecimiento de Belén: dejar que el recuerdo se ilumine, que la memoria del corazón se abra, y que nuestro mundo, con su belleza y su herida, se sienta abrazado por el Dios con nosotros, que ha querido compartir desde dentro toda estrechez humana.

Contempla el Misterio, dedícale tiempo: pide acogida, humildad, gratitud, servicio y adoración, pide dejarte transformar por la luz suave del Niño. Porque quien contempla al Dios hecho Niño -bondad ofrecida, hospitalidad sin límites- no puede seguir situándose en el mundo del mismo modo.

La Navidad contemplada nos mueve a vivir de otra manera, a relacionarnos con los demás y con Dios desde una identidad carismática más verdadera, una espiritualidad encarnada, todo, siempre desde la fraternidad, con otros, preparadas y aprendices, con todo cuidado, acompañando, animando, sosteniendo, liderando, la Navidad contemplada es un amor que brota del pesebre y se derrama en toda la vida.

- *En este mosaico navideño, donde todo tiene su espacio, ¿qué lugar ocupa mi propia vida? ¿Desde dónde siento que Dios me está hablando hoy?*
- *En el amor silencioso de José y María (pobre, exiliado, confiado), ¿qué llamada descubro para transformar mis modos de amar, de servir y de cuidar la vida frágil que Dios pone delante de mí?*

PALABRAS DE NAVIDAD

Navidad es tiempo de gozo y vida, pues un niño nos ha nacido, Jesús, Emmanuel. Navidad es el tiempo de Dios-con-nosotros, del calor en el corazón y en los hogares, y hasta entre los pueblos y las naciones. Es el tiempo de la infancia recobrada, de la madurez adulta y de las promesas cumplidas. ¡Tiempo del misterio encarnado!

Navidad es tiempo de cartas y abrazos, de encuentros y familias unidas, de treguas y años nuevos. Es tiempo de paz y alegría, de murallas abiertas y estrellas luminosas; de lloros, despojos y vida desvalida. Es un tiempo de temporada: nos invita a juntarnos para salir a calles, plazas y mercados; a manifestarnos, a ser epifanía.

Navidad es también nuestro tiempo, el tiempo de todos, sin excluidos, pues todos somos hijos, hijas, y como tales hemos de vivirlo, aquí y ahora.

Navidad es rondar por esos lugares donde alguien ha nacido y empezado a existir para los demás. Navidad es exponernos “al raso”, como los pastores, por si acaso nos alcanza la melodía de su canción, “Gloria a Dios y paz a los hombres que él quiere tanto”, y dejarnos arrastrar por ella, tararearla en lo secreto de nuestro corazón. Y si nos es dado, ponernos a danzar a su ritmo, aunque sea una locura.

Navidad es acercarnos hoy a esos rincones del mundo donde acampa silenciosamente el Verbo, donde se refugia hoy su humanidad doliente, y ofrecerle (ofrecerles) abrigo, acogida, suelo donde morar y descansar, porque han venido a lo suyo, están en lo suyo, y el gozo de recibirllos está hoy a nuestro alcance.

Navidad es acercarse a Belén a recibir esa gran alegría que lo es para todo el pueblo; es sentir sobre nosotros la fuerza del Espíritu que nos envía a dar la Buena Noticia a los pobres: “Nos ha nacido un Salvador”. Navidad es acercarse a Belén a dejarse querer, a escuchar en silencio las palabras que oyeron los pastores: “Paz a los hombres y mujeres, a quienes ama el Señor”; a sentirse envuelto en esa complacencia de Dios; a experimentar la alegría de caerle bien, de ser objeto de su amor gratuito.

F. Uriarri [Brisa y Rocío. Ed. Verbo Divino]

Canción: Palabra Encarnada – Ain Karem